

Paolo Caucci von Saucken*

Introducción

1948. La flor y nata de la intelectualidad española se reúne en un homenaje a un irlandés. Son catedráticos, escritores afamados, historiadores prestigiosos, antropólogos, filósofos, hombres de cultura [...]. En la presentación del libro que recogería sus palabras, publicado por José Janés, cuya editorial todavía no se había unido a Plaza, el Duque de Alba se profesa entre “los más antiguos amigos españoles” del homenajeado, recordando que le había conocido en 1928 en el *Trinity College* de Irlanda e invitado varias veces a su palacio de Liria. Cuando Walter Starkie fuera nombrado, en los difíciles años cuarenta, director del Instituto Británico de Madrid, el Duque considera la elección absolutamente acertada siendo “católico, irlandés educado en Inglaterra, humanista, músico, epicúreo, conocedor profundo de España, competente aficionado a lo flamenco, con gran don de gentes, enérgico [...]”.

Pero no sólo el Duque de Alba tenía admiración para Walter Starkie: en el homenaje participan entre otros Dámaso Alonso, Azorín, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Julio Caro, Camilo José Cela, José María de Cossío, Gerardo Diego, Francisco Elías de Tejada, Alfonso García Valdecasas, Manuel Machado, que le dedica un soneto, Gregorio Marañón, Ramón Otero Pedrayo, Francisco Javier Sánchez Cantón y Ramón Menéndez Pidal que expresa su gratitud por su intensa labor

* Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Perugia y Presidente del *Comité Internacional de expertos del Camino de Santiago*, Presidente del *Centro Italiano di Studi Compostellani*.

de hispanista. La flor y nata de la intelectualidad española de esos años, como hemos dicho, le rindió debido homenaje.

También otras personas, pertenecientes a un gremio totalmente distinto, le tenían respeto y admiración. Eran los gitanos a los que se juntaba en sus andanzas, que lo habían aceptado como uno más entre ellos, que lo invitaban en sus cuevas y bajo sus tiendas y quedaban admirados por las notas sutiles y nostálgicas de su violín celta. Porque Walter Starkie – o mejor dicho *don Gitano* como se le llamó pronto por mezclarse frecuentemente a ellos – se había ganado su confianza, compartiendo con ellos el polvo de los caminos, la frescura de las paradas en el borde de los ríos y su gratitud y habiéndoles amparado en más de una ocasión frente a las autoridades. De su larga experiencia gitana nació un hermoso libro que se tradujo en España con un significativo *Don Gitano*.

Le admiraban también sus alumnos de las muchas universidades anglófonas en donde, en su larga carrera académica daba clase de literatura española y a quienes encantaba con sus cuentos de la España profunda y examinaba sobre el *Quijote* del cual, de paso y cual apreciado hispanista, había hecho una traducción integral al inglés.

Lo querían también los gallegos: en *El Bombero*, histórica tasca de la *rúa do Franco*, García Sabell y otros intelectuales compostelanos le ofrecieron, al terminar una de sus peregrinaciones a Santiago, una cena que no le impidió trasladarse a la habitación de al lado en donde acababa de ver la luz la hermosa niña del dueño y bautizar enfáticamente a la pobre inocente con el nombre de “Gualteria” que ostenta todavía en sus documentos. Gualteria, porque otro nombre con que cariñosamente se le llamaba en España era el de *don Gualterio*, rápida adaptación al español de ese Walter que sus padres le habían impuesto en su lejana Irlanda.

Pablo Arribas Briones le trata con mucha admiración en sus *Pícaros y picaresca en el Camino de Santiago* y a él debo haber avivado en mí el interés por don Gualterio del que había leído en los años setenta sólo su libro sobre las peregrinaciones a Santiago, que ahora, acertadamente, la Junta de Castilla y León acaba de reeditar.

Con ocasión de su muerte, unos periódicos hicieron entender que había actuado de espía, cuando en los años cuarenta, al frente del Instituto Británico de Madrid, se ocupaba de las relaciones culturales entre España e Inglaterra y que lo aprovechaba para enviar alguna

información reservada, como parece justo y normal, a sus compatriotas. Se intentó también involucrarlo, sin muchas pruebas, en un asunto de generales monárquicos juanistas que, en consideración al curso de la guerra mundial, buscaban respaldo y futuros apoyos en el gobierno monárquico inglés.

¿Pero quién era realmente este singular personaje que parece salir de un cuento literario si no hubiese dejado docenas de libros, recopilado un sin fin de cantos flamencos, que había sido director del Teatro Nacional de Irlanda, miembro de la *Royal Irish Academy*, miembro correspondiente de la *Real Academia Española*, director de un Instituto de cultura que sustituía a la embajada inglesa en momentos dramáticos? Además de ser hispanista de talla reconocida, gitano, peregrino, pícaro, y según su propia leyenda póstuma, espía de los ingleses...

¿Quién era Walter Starkie? Esta ha sido la pregunta que nos hicimos cuando abrimos en Castrojeriz un centro de estudios jacobeos dedicado a la peregrinación en la época contemporánea, y que nos repetimos en la universidad de Perugia, cuando decidimos encararnos con el problema. A esta pregunta ha contestado Matteo Biagetti en su tesis de especialización, que se ha convertido en este bonito libro que ahora se publica, primer trabajo orgánico sobre nuestro autor. Además Matteo Biagetti ha conseguido también reunir gran parte de su bibliografía original que va a constituir un fondo muy útil para futuras investigaciones.

Don Gualterio, don Gitano, el ilustrísimo Señor Director del Instituto Británico de Madrid, el Académico Walter Starkie, era sin duda uno de los singulares e irrepetibles personajes que, de vez en cuando y siempre más raramente, se ven a lo largo de los caminos y que no responde a la división muy neta del actual mundo académico en el que hay un concepto demasiado formal de la seriedad y competencia. También en eso tiene razón Pablo Arribas cuando afirma que en quien pisa los caminos, incluso en el académico más austero, hay algo de pícaro. Por eso es una pena que cuando se habla de Starkie, uno se vea obligado a recordar sus méritos académicos para compensar su vida andariega y picaresca; sólo que Starkie era serio también de pícaro, también como peregrino, también como gitano, también como apasionado cultor del flamenco [...]. Para él España no era la de las postales, la del turismo romántico y exótico: era una

dimensión del espíritu que se conocía en las bibliotecas, en los archivos, en su literatura y viviéndola en todos sus aspectos, sobretodo pisando su suelo, hablando y compartiendo mesa y vino con la gente, discutiéndola en tertulias: “no puedo vivir sin tertulia”, solía decir, considerándolo un extraordinario instrumento de refinamiento de conceptos y de inmediata valoración de los hechos.

Un hombre complejo, de gran intensidad, un gran hombre, sin duda, al que su hija Alma Starkie en la primera colaboración que se le solicitó sobre su padre, tras muchos años de olvido, no dudó en titular como “juglar y peregrino” y que merece ser estudiado con cariño y atención. Por eso nos alegra dedicarle este primer tomo de la colección de libros que llamaremos “Pliegos sueltos del Camino” del *Centro de estudios jacobeos* de Castrojeriz.